



## ORDENANDO LA TRASTIENDA

• Juan Alejandro Apolant: INSTANTANEAS DE LA ÉPOCA COLONIAL. Arca, Montevideo, 1972. 244 pp

La principal razón del asombro que nos provoca la obra de Apolant, es el infatigable rigor con que ordena y utiliza las bases documentales de temas y subtemas que hasta ahora sólo habían sido transitados, en general, por excursionistas más bien irresponsables. Se pensaba que para tratar temas "chicos" cualquier método servía, entre ellos el de meter las manos en la masa sin antes verificar la calidad de los ingredientes empleados. La diligencia y la atribución gratuita componían así cuadros al gusto en donde las cosas se divertían cortaban camino con tal de llegar a cualquier lado. Fue así que la "Génesis de la familia uruguaya" llegó a dejarnos virtualmente sin respiración. Vimos allí cómo copaba de golpe el primer plano una muchedumbre hasta entonces proscriba, en donde todos cuentan y en donde todo vale, una sola impresionante de gente pugnando por entrar en la historia certificado en mano. Por fin los vimos y sentimos como hombres hechos y derechos, con todos sus pelos y señales; y aun cuando a veces no con mucho más que un nombre, convence por su solo acto de presencia, cada uno con su derecho al menos de ser él mismo, y no forzadamente como partiquín, sino siempre a la orden para lo que venga con todo lo que es. Tal invasión de lilliputienses (lo son hasta por su estatura, no más de metro y medio en general) pudo creerse por lo pronto una contrapartida desafiante, y nada más de esa otra historia con maripiscula que tiene sus buenas razones para no querer saber sino, por un lado, de clases, causas socio-económicas y demás generalidades y, por el otro, de la contundencia personal de los héroes y de sus satélites correspondientes. Lo cierto es que la prolijidad de Apolant obliga a unos y a otros a dilaciones y cautelas que emanan de la propia materia reivindicada, de esa silenciosa (aunque no tanto) presencia de individualidades tan precisamente digitadas y fichadas. Nos obliga por eso, además, a revisar aquellas grandes entidades conceptuales, reduciéndolas al cambio chico, pero en metálico de buena ley, de las unidades componentes.

En estas "instantáneas" Apolant am-

plia el radio de acción de las virtudes que ya había puesto en evidencia en obras anteriores. No se limita ya a la disección meramente particularizada, sino que abarca en cada uno de estos tres ensayos (un suicidio, una atribución de malatez, un contrabando para la construcción de la ciudadela) un sector de acontecimientos, ya que no de primer plano, pródigo en sugerencias y alusiones que nos facilitan una visión fiel y responsable de la realidad sociopolítica de entonces, tales como las relaciones funcionariales el sentido de autoridad y de justicia, circunstancias significativas de la pugna lusitano-española, y tantos otros aspectos, de mayor ó menor entidad, de cuya concertada acumulación va naciendo, si no todavía la historia de una época, sí la materia fidedigna sobre la cual no podrá dejar de establecerse toda recreación histórica.

Al reivindicar la anécdota como esa estructura intermedia sin la cual las concepciones mayores pierden pie, viene Apolant a cumplir esa labor que la jerga futbolística denomina con justicia "media puntada", hilvanando en este caso la coyuntura individual con la situación general, en ese limbo de los hechos a medio cocer en donde la especulación deja de ser juibito intrascendente, y en donde la combinación general deja de ser esa especie de geometría en el espacio que se basa en azarosos centros a la olla. Puede así seguir describiendo personas y registrando sucesos sin saltarse nada; los árboles, lejos de ocultar el bosque, van señalando las picadas más seguras para atravesarlo. El autor no se deja seducir ni mucho menos por posibilidades no contrastables, atinando, muy al contrario, y siempre con lúcida conciencia, a no meterse en vías muertas. Cada paso que da, lleva un sello inconfundible de seriedad y de certeza. El autor lleva a cabo su tarea con la más y mejor resuelta de las actitudes científicas posibles, estructurando aquellas series de documentos (de Buenos Aires, de Montevideo y de Sevilla) que permiten dibujar sin mayor riesgo una secuencia de hechos, razones y motivos cuya validez resulta inexpugnable. Utiliza para ello un criterio seguro y una ponderación que no apuesta nunca a la probabilidad aventurera y autocomplaciente a la que solían entregarse de manos atadas anecdotistas de años no lejanos. Hasta puede pasar —nos ha pasado— que al leerlo nos llegue a interesar más la factura misma que lo hecho con ella, la precisión y oportunidad del dato registrado más que su significado eventual. Que Viana haya salido de Montevideo el 9 y no el 4, al momento no sabemos bien para qué sirve, pero lo estéticamente gustable es mientras tan-

to la seguridad que no asienta el pie, y es que el dato neutro y despojado es, como tal, expresión indirecta de un modo de ver las cosas que ya es de por sí revelación, o anuncio, o expectativa que, cumpliéndose o no, encierra en sí la satisfacción poco definible de no depender de nada. Por eso no necesitaba Apolant la justificación con que, sin abandonar su inmutable sobriedad, cierra su obra. Afirma allí que sólo quiso poner en claro, mediante variadas digresiones, puntos aún oscuros, de interés ya no particular, y conocer mejor a los hombres —corrigiendo de paso errores aceptados— que intervinieron en tales hechos. Sabe Apolant, como el legendario Cide Hamete Benengeli, ver y hacernos ver al arriero detrás de la impopularidad del Quijote. También él es "historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas [...] con ser tan mínimas y raras [...] de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves". Cabe aquí también la exclamación de Cervantes: "¡Bien haya mil veces el autor [...], y con qué puntualidad lo describe todo!" Y sin Cide Hamete no hay Cervantes que valga, habrá que convencerse.

WASHINGTON LOCKHART